

## De lo sonoro nace la imagen

Imaginemos que la batuta de un director de orquesta se transfigura en pincel, que el seguimiento de los ritmos de la composición y las indicaciones para la incorporación de determinados instrumentos en los tiempos de la pieza musical no son únicamente movimientos en el aire, sino que las trayectorias de la mano y brazo y batuta, generan líneas, salpicaduras, manchas coloridas, puntos, brochazos, atmósferas. M. Pujol Baladas lleva años trabajando frente a la tela mientras su estudio es inundado por la música de los grandes compositores del mundo, pero su trabajo pictórico no se limita a tener por fondo una atmósfera sonora, hay algo más, desde hace ya tiempo que los colores y los trazos, las materias mezcladas con las pinturas, buscan en el trabajo de este creador español trasladar el universo de sensaciones que surge en sus adentros mientras escucha una sinfonía, una sonata para piano o una canción de los Beatles. Acto alquímico por excelencia, el arte intenta transfigurar el mundo a las materias propias de cada disciplina, así, Pujol Baladas se ha entregado a la aventura de convertir en visible lo sonoro, de traducir a formas, líneas y tonalidades cromáticas las notas de una melodía, es sin lugar a dudas un gran explorador del fenómeno de la sinestesia, consistente en trasladar las cualidades de un sentido hacia otro en la obra artística. Más que el desarreglo de los sentidos al que cantaba Rimbaud, la exploración límite de los mismos para intentar lo imposible: decir con una imagen detenida en el tiempo, lo que acontece en el transcurso de una trama melódica.

Dos de las series más recientes de M. Pujol Baladas se abocan al diálogo con trabajos de dos compositores excelsos, por un lado el poderoso Beethoven con su potente quinta Sinfonía y por el otro, Carlos Chávez, con sus mexicanísimas y expresivas composiciones para arpa. De inmediato vemos como Pujol traduce en la tela lo que escucha, los sonidos del arpa se vuelven por momentos delgados escurrimientos de pintura sobre una atmósfera orquestal de gradaciones cromáticas, mientras que en los trabajos dedicados a la quinta de Beethoven, los brochazos se vuelven gruesos, no hay más fondo que las determinadas y expresivas franjas cromáticas que atraviesan la composición como penetran en la sala de conciertos los conjuntos instrumentales con su ímpetu sonoro, con sus controlados arrebatos de pasión que suena y resuena en contrapuntos orquestales y luego se fugan para dar paso a otra estampida de notas.

Pero las traducciones visuales de la música que hace Pujol Baladas no se limitan a gestos pictóricos, la inteligente asimilación que del llamado arte matérico catalán que ha hecho el artista, lo llevan a reforzar sus composiciones, cuando lo cree necesario, con capas de cemento que mezcla con la pintura para darle grosor a un trazo y de ese modo enfatizar la gruesa sonoridad de un pasaje musical. Así también, en otras obras, pega cartones que con sus texturas sugieren ritmos y calidades del timbre de un instrumento que vaga por la sinfonía. Además del discurso de las materias, vemos que la organización compositiva busca plasmar las complejidades orquestales de la obra a la que se refiere. No hay soluciones fáciles a pesar de la aparente espontaneidad que reflejan los cuadros, el grosor de una línea o el arrebato de un escurrido que aparentemente es un mero accidente pictórico, quieren expresar algo preciso sobre determinado arreglo o momento musical. La inclusión del dibujo de algunas notas, habla de momentos claves en una sinfonía, que de pronto con un acento tonal abren la pieza a vastas dimensiones sensoriales que diferencian al gran creador del mero técnico musical, y los oídos de Pujol Baladas ya son expertos cazadores de esos puntos de inflexión; él es un refinado compositor de imágenes, un preciso y no menos apasionado director en la orquesta de lo pictórico.

**Fernando Gálvez de Aguinaga**